abusos se haya concedido á nadie jamás. Pero — añadió, con un sentimiento de dignidad, realzado por el recuerdo de las mismas atrocidades cometidas por sus antepasados bajo aquellas fuertes rejas que me señalaba — tal es el efecto de la superstición, que aun hoy en día no hay aldeano que se atreva á acercarse á esa mazmorra, donde es fama que en otros tiempos la ira de mis antepasados cometió grandes crueldades.

Al acercarnos á la reja y mientras manifestaba cierta curiosidad por ver de cerca esta morada del terror, de sus subterráneas concavidades salieron agudas carcajadas, que, por lo que luégo descubrimos, provenían de un bullicioso grupo de muchachos que habían escogido aquella caverna abandonada para teatro de un alegre juego á la gallina ciega.

Quedóse de momento algo corrido el marqués, y para disimular, apeló á su *tabatière*; mas se repuso al instante y observó que aquellos eran los niños de Magdalena, que se habían familiarizado ya con los supuestos horrores de aquel antro.

—Además — prosiguió — á decir verdad, estos pobres niños han venido al mundo en una época en que las pretendidas luces han ahuyentado á un tiempo la superstición y las creencias; y á propósito, esto me recuerda que olvidé advertiros que hoy es *jour maigre*. No tengo mas convidados que vos y el *curé* de la parroquia y no quisiera ofender á sabiendas sus sentimientos. Además de que — continuó con más firmeza y desechando toda reserva — aleccionado por la desgracia, profeso sobre este punto principios muy distintos de los que me inculcara la prosperidad, y doy gracias á Dios de no avergonzarme de confesar que observo los preceptos de mi religión.»

Dime prisa á contestarle que si bien podían diferir de los de la mía, las prácticas religiosas de toda comunión cristiana me inspiraban el mayor respeto, pues estaba convencido de que, aunque bajo formas diferentes, todos adorábamos al mismo Dios según el gran principio de la redención, y si al Todopoderoso no pluguiera esa variedad de cultos, las prácticas rituales se nos hubieran prescrito tan por menor como se especifican en la ley de Moisés.

No tenía por costumbre el marqués estrechar la mano, pero en esta ocasión cogió la mía y la estrechó cordialmente, única manera quizás cómo, en tal ocasión, podía ó debía un católico ferviente mostrar la conformidad de sus sentimientos con los míos.

Las explicaciones y observaciones precedentes y otras muchas á que dió lugar la inspección de aquellas vastas ruinas, nos ocuparon todavía durante dos ó tres vueltas que dimos por

la larga plataforma del castillo y cosa de un cuarto de hora que permanecimos sentados en un pabellón de piedra, adornado con el escudo de armas del marqués, cuya bóveda, aunque algo descalzada por los costados, se mantenía íntegra y ofrecía la solidez necesaria.

— Aquí — dijo volviendo á tomar el tono de una parte de su conversación — me place sentarme, ya al mediodía para resguardarme del calor, ya al caer de la tarde, cuando espiran los rayos del sol en la vasta superficie del Loira. Aquí, según las palabras de vuestro gran poeta, á quien, aunque francés, conozco más á fondo que muchos ingleses, me gusta descansar

Mostrando el código de la dulce y amarga fantasía. (1)

Me guardé muy mucho de poner objeción alguna á esta variante de un pasaje bien conocido de Shakspeare, pues tengo para mí que hubiera sufrido gran menoscabo la reputación de nuestro gran poeta á los ojos de un juez tan delicado como el marqués, si hubiera probado á éste que, según todas las demás autoridades, había escrito:

Rumiando el pisto de la dulce y amarga fantasía. (1)

Demás de que me bastaba con la primera discusión literaria que habíamos tenido, ha tiempo — aunque no antes de los diez años de haber salido del colegio de Edimburgo — que estoy convencido de que el toque de la conversación no estriba en dejar demostrada á todo cuento la superioridad propia, sino en aumentar, perfeccionar y corregir el caudal de conocimientos que se poseen, con la autoridad agena. Dejé, pues, al marqués, que *mostrara su código* á su gusto y me ví recompensado con una erudita disquisición en que adujo gran copia de razones, sobre el estilo florido de arquitectura que se introdujo en Francia durante el siglo XVII. Con notable buen gusto fué indicando sus méritos y sus defectos y después de tocar algunos puntos en el mismo sentido que ha motivado mi digresión de hace poco, alegó en su favor otros motivos, que se fundan en la asociación de ideas que su vista excita en nosotros.

(1) *Shewing the code* — mostrando el código — y *chewing the cud* — rumiando el pisto — suenan á poca diferencia del mismo modo al oído: en su afán de ridiculizar la pronunciación del pobre marqués, hace el autor un equívoco, cuya gracia es bastante discutible. Por lo demás, el verdadero texto es el segundo y constituye uno de aquellos frecuentes atrevimientos de Shakspeare que son la desesperación de los traductores. Podria traducirse así: «Entregándose á los sueños de la mudable fantasía, tan pronto alegres como tristes.» — N. del T.

—Quién se atrevería —dijo— á destruir deliberadamente las terrazas del castillo de Sully? ¿Es posible pisarlas sin que se nos venga á la memoria la imagen de aquel hombre de estado, tan eminente por su ejemplar integridad como por la firmeza é infalible sagacidad de su juicio? Si fueran menos espaciosas, menos macizas ó si el menor detalle alterara su austeridad, ¿cabría ya imaginarlas teatro de sus patrióticas meditaciones? Y me diréis si uno de nuestros salones modernos sería lugar á propósito para que, sentados el duque en una poltrona y la duquesa en un *tabouret*, dieran lecciones de valor y lealtad á sus hijos, de modestia y humildad á sus hijas, de rígida moral á unos y á otros, mientras de pié y en corro, todo aquel plantel de nobleza escucha con la mayor atención, sin levantar los ojos del suelo ni atreverse á replicar ó á sentarse siquiera, á no ser por mandato expreso de su señor y padre? No, caballero —prosiguió el marqués, animándose;— destruíd el regio pabellon en que tenía lugar esta escena edificante y alejaréis del ánimo la verosimilitud, la veracidad de todo el cuadro. ¿Y cómo figurarnos tampoco á ese noble par y gran ciudadano paseándose por un *jardin anglais?* Vaya, que tanto valdría representárnoslo vestido de frac azul y chaleco blanco en vez de su jubón á la Enrique IV y su *chapeau à plumes.* ¿Y cómo hubiera podido menearse entre el tortuoso laberinto de lo que hoy llaman una *ferme ornée,* en medio de la doble fila de guardias suizos, que habitualmente formaban su escolta? Representaos su rostro, su barba, sus *hauts-de-chausses à canon*, sujetos al jubón por mil *aiguillettes*, cintas y lazos; ponédmelo luégo en un *jardin anglais* de nuestros días y ¿quién no lo tomará por un viejo loco, que ha dado en la manía de vestirse como sus tatarabuelos y á quien un destacamento de gendarmes conduce al *Hôpital des Fous?* Mas contemplad ahora, si es que existe todavía, esa larga y magnífica terraza, en que el leal y eminente Sully solía dar dos veces al día un paseo solitario, embebido en los patrióticos proyectos que meditaba para aumentar la gloria de Francia; ó bien, en aquella otra época posterior y menos risueña de su vida, vedle llorar pensativo el asesinato de su inolvidable amo y la infausta suerte de su patria, desgarrada por los partidos políticos; sobre ese noble fondo de arcadas, esparcid luégo jarrones, estatuas, urnas y todo cuanto puede anunciar la proximidad de un palacio ducal y entonces no se notará discordancia alguna entre las diversas partes del cuadro. Los *factionnaires* con sus arcabuces, cuadrándose en los extremos de la larguísima explanada, señalan la presencia del gran señor feudal, puesta más de relieve todavía por la guardia de honor

que le precede y le sigue, en alto las alabardas, la apostura marcial y majestuosa como en presencia del enemigo, y sin embargo, animados todos, como quien dice, por la misma alma de su ilustre jefe; midiendo sus pasos por los suyos, andando cuando él anda, parándose cuando se pára, acomodando todos sus movimientos á las más ligeras alternativas ocasionadas por las fluctuaciones de su ánimo y girando con precisión militar en torno de aquel que parece centro y móvil de sus armadas filas, como el corazón es centro de vida y energía para el cuerpo humano. Si os da risa un paseo tan poco conforme con la ligereza y libertad de nuestras actuales costumbres —añadió el marqués, pretendiendo sondear mi rostro con una mirada escrutadora,— ¿os avendríais acaso á destruir esotra terraza por la cual paseó la hechicera marquesa de Sévigné y á la que van unidos tantos recuerdos como dispierta en nosotros la lectura de sus encantadoras cartas?

Algo fatigado de tan larga disertación, con la cual tengo para mí que el marqués tan sólo se propuso esclarecer las bellezas naturales de su propia terraza, que, á pesar de su ruinoso estado, no necesitaba por cierto de recomendación tan solemne, participé á mi amigo que acababa de recibir de Inglaterra el diario de un viaje por el mediodía de Francia, escrito por un estudiante de Oxford amigo mío, poeta, dibujante y muy instruído, en cuyo libro se lee una descripción tan animada é interesante del castillo de Grignan, morada de la hija idolatrada de madame de Sévigné y durante largas temporadas residencia de esta misma, que cualquiera que la haya leído y se halle á cuarenta millas á la redonda del castillo en cuestión, no podrá menos de hacer una excursión para visitarlo. Sonrióse el marqués con muestras de satisfacción, preguntóme el título de la obra y escribió á medida que yo dictaba: «Itinerario de un viaje por Provenza y las orillas del Ródano, hecho en 1819, por Juan Hughes, maestro en artes por el colegio de Oriel, en Oxford,» observando, de paso, que ahora no podía comprar libros para el castillo, pero que recomendaría el pedido de este *Itinéraire* en la librería de la ciudad vecina, á la cual estaba *abonnè*. Mas hé aquí el cura —dijo interrumpiéndose;— su presencia nos advierte que es hora ya de hacer punto en nuestra discusión. También he visto á La-Jeunesse, que daba la vuelta al viejo pórtico de la terraza para ir á tocar la campana y avisar que la comida está pronta; ceremonia completamente ociosa para tres personas que nos sentamos á la mesa, pero que no podría suprimirse sin que el pobre viejo se me muriera de pesar. Haced ahora como quien no le ha visto, pues los ser-

vicios inferiores desea desempeñarlos de incógnito; mas, en cuanto la campana haya cesado de tocar, se nos aparecerá radiante en su calidad de mayordomo.

Así diciendo, nos dirigimos hacia la parte oriental del castillo, única que quedaba todavía habitable en el vasto edificio.

—La *Bande Noire*—dijo el marqués—al devastar el resto del castillo para aprovechar el plomo, la madera y otros materiales, me hizo involuntariamente un favor; el de reducirlo á proporciones más adecuadas al estado de fortuna de su actual propietario. El gusano ha encontrado en la hoja espacio suficiente para alojar su crisálida: á qué preocuparse pues de que los reptiles hayan devorado el resto del arbusto?

En esto llegamos á la puerta. Apareciósenos en sus umbrales La-Jeunesse, mostrando en su continente la más solícita servicialidad y el más profundo respeto; en su rostro, aunque surcado por mil arrugas, vagaba, pronta á corresponder á la más pequeña palabra que le dijera su amo con afabilidad, una sonrisa que dejaba ver su bellísima dentadura, blanca y firme á despecho de los años y de las enfermedades. Sus medias de seda limpias, lavadas tantas veces que ya habían tomado un viso amarillento; su coleta atada con una escarapela, el canoso bucle á cada lado de la escuálida mejilla; la casaca color de perla, sin cuello; el solitario, el *jabot*, (1) las vueltas de encaje en los puños, el *chapeau-bras*, todo, en fin, indicaba que La-Jeunesse consideraba la presencia de un convidado en el castillo como un acontecimiento insólito, al que por su parte debía corresponder con el mayor aparato y ostentación posibles.

Mientras contemplaba este singular, aunque fiel servidor, que indudablemente había heredado de su amo las preocupaciones al propio tiempo que la ropa usada, no pude menos de reconocer allá para mis adentros la semejanza, que ya me había hecho notar el marqués, entre él y mi Caleb, el leal escudero del señor de Ravenswood. Empero un francés, hombre de muchos oficios por naturaleza, sabe adaptarse con más facilidad y soltura al desempeño de multitud de servicios, de lo que es posible esperar de la lentitud insoportable de un escocés. Superior á Caleb en destreza, aunque no en celo, La-Jeunesse parecía multiplicarse según las exigencias del momento y atendía á sus variadas funciones con tal presteza y asiduidad, que para nada se echaban de menos los servicios de otro criado.

La comida, especialmente, fué exquisita. La sopa, aunque *maigre*, epíteto que los ingleses le dan en són de burla, tenía

(1) Chorrera.

un gusto riquísimo y el guisado á la marinera de sollo y anguilas, me reconcilió, á pesar de ser escocés, con este último pescado. No faltaba tampoco un *petit plat de bouilli* para el hereje, tan bien condimentado que la carne, al paso que conservaba todo su jugo, era tierna y sabrosa en extremo. El *potage* y otros dos principios que le siguieron, estaban igualmente muy bien aderezados, pero la obra maestra, la que el viejo *maître d' hôtel* consideraba como una verdadera maravilla y que puso sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción como gozándose en mi sorpresa, fué una inmensa *assiette* de espinacas, no formando una superficie plana y uniforme tal como suelen presentarlas nuestros inexpertos cocineros de la orillita del río, sino con altos y bajos, simulando colinas y valles, por los cuales veíase huir un gallardo ciervo, perseguido por una jauría de aulladores sabuesos y una vistosa comitiva de jinetes con sus cuernos de caza, látigos y cuchillos de monte, hecho todo ello, sabuesos, cazadores y ciervo, de pan recortado con gran arte y tostado después. Con el gozo que le produjeron los elogios que no dejé de tributar á este *chef d' œuvre*, confesó el buen viejo que le había costado muy cerca de dos días el dejarlo del todo listo, y luégo, no queriendo apropiarse mas gloria que la que le cabía de derecho en tan brillante pensamiento, añadió que monseñor mismo se había dignado darle algunas ideas muy oportunas y hasta había tenido la condescendencia de ayudarle personalmente en la ejecución de algunas figuras principales. Sonrojóse un poco el marqués á este *éclaircissement*, sin duda para él excusado, pero confesóme que había querido sorprenderme con una escena del poema, tan popular en mi país, «Milady Lac (1).» Respondíle que tan espléndido *cortège* más bien semejaba una gran cacería de Luis XIV que de un pobre rey de Escocia, y que el *paysage* más se parecía á Fontainebleau que á los yermos de Callender. Saludó galantemente en contestación á mi cumplido y reconoció que tal vez el recuerdo del traje de la antigua Corte de Francia, en tiempo de su esplendor, había extraviado un poco su imaginación. La conversación tomó luégo otro giro.

Los postres fueron exquisitos, el queso, la fruta, la ensalada, las aceitunas, los *cerneaux* (2), y el delicioso vino blanco, cada cosa en su género, eran *impayables*. El buen marqués no disimulaba su satisfacción al ver que su huésped hacía honor sinceramente á sus méritos.

(1) El verdadero nombre es *The lady of the lake*, la Dama del lago, pero el buen marqués se confunde como siempre y dice la Señora Lago.—N. del T.

(2) Nueces.

—Después de todo—dijo—y aunque sea confesar una necia debilidad, no puedo menos de congratularme de poder ofrecer todavía á un extranjero cierta hospitalidad que parezca agradarle. Creedme, no es sólo por orgullo que nosotros, *pauvres revenants*, vivimos tan retirados excusando los deberes de la hospitalidad. Verdad es que entre nosotros los hay, y demasiados por cierto, que vagan errantes por los castillos de sus padres, más bien como almas en pena de los difuntos propietarios que como seres vivientes reintegrados en sus propiedades; pero, con todo, si no cultivamos la sociedad de los extranjeros que vienen á visitarnos, débese más bien á vosotros mismos que á nuestra susceptibilidad. Nos hemos formado de vuestra opulenta nación la idea de que sois especialmente aficionados al *faste* y á la *grande chère;* que amáis el regalo y los goces de toda clase, y como en general los medios de que podemos disponer para recibiros son tan limitados, de ahí que nos sintamos imposibilitados del todo para hacer tales gastos y desplegar tal ostentación. Á nadie le gusta ofrecer lo mejor cuando tiene motivo para presumir que no ha de agradar, y como muchos de vosotros publicáis vuestros apuntes de viaje, al señor marqués le haría probablemente poquísima gracia ver puesta en letras de molde, para eterna memoria, la modesta comida que haya podido ofrecer á un milord inglés.

Interrumpí al marqués para declarar que si jamás me daba la idea de publicar mis memorias de viaje, no sería sino para hablar de esa comida como de la mejor que había probado en mi vida. Contestóme mi interlocutor con una inclinación de cabeza manifestando que, ó yo no debía tener el mismo gusto que mis compatriotas, ó en lo que se decía había de haber gran exageración. Dióme las gracias particularmente por haberle mostrado el valor de los bienes que todavía le quedaban.

—Lo útil—dijo—en Hautlieu, como en todas partes, ha sobrevivido sin duda á lo suntuoso. Las grutas, las estatuas, los invernáculos, los criaderos de plantas exóticas, el templo y la torre, se han venido abajo; mas la viña, el *potager*, los frutales, el *étang*, subsisten todavía; y una vez más se felicitó de que sus productos combinados hubieran bastado á componer un conjunto, que hasta un inglés aceptara como una comida tolerable. Sólo espero—prosiguió—que me convenceréis de la sinceridad de vuestros elogios, aceptando la hospitalidad del castillo de Hautlieu, siempre que no tengáis otros compromisos preferentes, mientras permanezcáis en estos alrededores.

Apresuréme á aceptar una invitación, hecha con tal finura, que el invitado parecía ser quien hacía y no quien recibía el obsequio.

Cambiamos luégo de conversación y hablamos de la historia del castillo y de sus cercanías, tema que ofrecía al marqués terreno firme, pues, por lo demás, cuando se variaba de asunto, demostraba no ser gran arqueólogo ni siquiera mediano historiador. Por dicha, no obstante, el párroco reunía ambas cualidades y era además persona de muy amena conversación, llena de *prévenance* y de trato fácil y amable, lo que me ha parecido ser el rasgo distintivo del carácter del clero católico, sea cual fuere el grado de su instrucción. Por él supe que todavía existían restos de una hermosa biblioteca en el castillo de Hautlieu. El marqués se encogió de hombros mientras el párroco me daba esta noticia, y en su mirada vaga se traslució el mismo ligero embarazo que tampoco había podido disimular cuando el charlatán de La-Jeunesse nos explicó la parte que tomara el señor marqués en ciertos arreglos de *cuisine*.

—No tendría inconveniente en enseñaros esos libros—dijo—pero están tan estropeados y en tal desorden, que me avergüenzo de mostrarlos á nadie.

—Dispensad, señor marqués—dijo el cura—mas no ignoráis que permitisteis al doctor Dibdin, el gran bibliógrafo inglés, examinar esas preciosas reliquias, y ya recordaréis cuánto las ponderó.

—¿Y podía obrar de otra manera, amigo mío?—respondió el marqués.—El buen doctor había oído hacer tales elogios de estos restos de lo que un día fué biblioteca, que se había establecido en la *auberge* vecina, resuelto á lograr su intento ó á morir al pié de estas murallas. Hasta me dijeron que había medido trigonométricamente la altura de la torrecilla, á fin de proporcionarse escalas para penetrar en ella por asalto. ¿Hubiérais visto con buenos ojos que redujera un eclesiástico respetable, aunque de diferente comunión religiosa, á tal extremo de desesperación? Hubiera sido para mí un cargo de conciencia.

—Mas sabéis también, señor marqués—repuso el cura—que el doctor Dibdin se enojó de tal manera al ver los estragos causados en vuestra biblioteca, que no se recató de decir que hubiera querido estar armado de los poderes que confiere la Iglesia católica, para poder lanzar su anatema contra los culpables de tal atentado.

—Supongo que su resentimiento fué tan grande como su desengaño—dijo nuestro huésped.

—No tal—exclamó el cura—porque le entusiasmó tanto lo que todavía os queda, que no me cabe duda que, á no ser por vuestras expresas instancias, el castillo de Hautlieu ocuparía al menos veinte páginas en esa obra magnífica de que nos envió

un ejemplar y que quedará como perpetuo monumento de su celo y erudición.

—El doctor Dibdin es sumamente amable—dijo el marqués—y cuando hayamos tomado nuestro café—helo aquí ya—iremos á la torrecilla. Como el señor no ha desdeñado mi humilde comida, confío igualmente que disimulará el lastimoso desorden de mi biblioteca y á mi vez me tendré por muy dichoso si logro con ello proporcionarle alguna distracción. Por lo demás—prosiguió—si no fuera así, ya sabéis, padre mío, que tenéis jurisdicción completa sobre esos libros, pues que, sin vuestra intervención, jamás hubieran vuelto á poder de su dueño.

Aunque este nuevo acto de galantería le había sido evidentemente arrancado, no de muy buena gana, por la insistencia del cura, y aunque se veía que el marqués pugnaba siempre entre el deseo de mostrarse obsequioso y el afán de ocultar á los extraños la desnudez de sus tierras y la extensión de sus pérdidas, no me sentí con fuerzas para rehusar un ofrecimiento que las reglas extrictas de la buena educación tal vez me prohibieran aceptar. Mas ¿quién resiste á la tentación de ver los restos de una colección asaz curiosa para haber inspirado á nuestro bibliófilo el proyecto de penetrar en ella por asalto? Mi abnegación no llega hasta ese punto.

La-Jeunesse nos sirvió un café delicioso y como sólo se bebe en el continente, en una bandeja tapada con una servilleta, á fin de que pudiera *être censé* por plata, y el *chasse-caffé* de la Martinica en una licorera que era ciertamente de este metal. Terminada con esto nuestra comida, condújome el marqués por un *escalier dérobé* á un salón espaciosísimo y bien proporcionado, de unos cien piés de largo á poca diferencia, pero tan desmantelado y destartalado que no levanté un instante los ojos del suelo, por miedo de que mi amable huésped no se creyera obligado á dar mil excusas y explicaciones, ya por los cuadros destrozados, ya por los tapices hechos girones, ó, lo que es peor todavía, por las ventanas que aquí y allá habían cedido á la violencia del viento.

—Hemos procurado hacer la torrecilla algo más habitable—dijo el marqués, mientras atravesaba presuroso esta desolada estancia.—En otro tiempo—añadió—hubo aquí la galería de pinturas y en el gabinetito cercano, que utilizamos ahora para biblioteca, se conservaban algunas curiosas miniaturas, cuyo pequeño tamaño requería que se vieran de cerca.

Y así diciendo, levantó uno de los paños del tapiz de que antes he hablado y entramos en el aposento que acababa de mencionar.

Era de forma octogonal, correspondiendo al aspecto exterior de la torrecilla, cuyo interior ocupaba. En cuatro de sus caras tenía ventanas que ofrecían, cada una por su lado, un punto de vista preciosísimo sobre el Loira y toda la comarca bañada por este río majestuoso. Las ventanas estaban adornadas de vidrios de colores, á través de los cuales los brillantes rayos del sol poniente hacían resaltar un conjunto de emblemas religiosos y escudos de armas señoriales, que no podían casi mirarse sin quedar deslumbrado. Las otras dos ventanas, á las cuales ya no llegaban los fulgores del sol, podían examinarse de cerca y entonces se veía claramente que las vidrieras que las tapaban no habían sido destinadas primitivamente á aquel sitio. Después supe que habían pertenecido á la capilla del castillo, antes de ser profanada y saqueada, y que el marqués se había divertido, durante muchos meses, en llevar á cabo este *rifacciamento*, ayudado del cura y del omni-sciente La-Jeunesse. Y hay que decir que aunque en muchas partes los fragmentos que habían juntado eran pequeñísimos, si no se les examinaba muy de cerca y con ojos de anticuario, producían en conjunto un efecto muy agradable.

Los otros lienzos de pared que no tenían ventanas, estaban enteramente ocupados, excepto en el espacio destinado á la puerta de escape, por armarios y estanterías, en su mayor parte de nogal tallado, que con el tiempo habían tomado un oscuro color de castaña, y en parte de madera blanca ordinaria, de moderna construcción, con que se habían llenado los claros abiertos por la devastación y el saqueo. En esos estantes yacían amontonados los restos, ó por mejor decir, las reliquias salvadas del naufragio de una biblioteca, por todo extremo preciosa.

El padre del marqués era persona muy instruída y su abuelo se había hecho famoso hasta en la corte de Luís XIV, donde puede decirse que la literatura estaba en moda, por la extensión de sus conocimientos. Ambos propietarios, cuya opulencia les permitía no reparar en gastos cuando se trataba de satisfacer sus aficiones, habían hecho tales adiciones á una antigua y curiosa biblioteca gótica que les legaran sus antepasados, que pocas colecciones existían en Francia comparables á la de Hautlieu. Dispersada á los cuatro vientos á consecuencia de una tentativa que en mal hora hizo el marqués en 1790, para defender el castillo contra las turbas, afortunadamente, el cura, que por su caridad y moderación no menos que por sus virtudes evangélicas, gozaba de gran prestigio entre los aldeanos de la comarca, había alcanzado de muchos de ellos que rescataran á vil precio, unas veces por unos pocos sueldos y otras hasta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por un simple vaso de aguardiente, volúmenes que se habían pagado á peso de oro y que los bribones que habían saqueado el castillo, arrebataban sólo por el gusto de hacer daño. Él mismo había comprado en esa ocasión cuántos libros le permitió su modestísima fortuna, y á su celo se debió que volvieran á la torrecilla donde yo los hallé. ¿Qué mucho, pues, que el buen párroco sintiera cierto orgullo y satisfacción en mostrar á los extranjeros la colección que él había salvado?

Á pesar de los tomos desapareados é incompletos y de todas las demás mortificaciones porque pasa un aficionado cuando registra una biblioteca abandonada, había en la de Hautlieu muchos ejemplares, capaces, como dice Bayes, de «dejar sorprendido y extático» al bibliófilo. Allí se veían, según la sentida expresión de Ferrier, esos tomitos de canto dorado

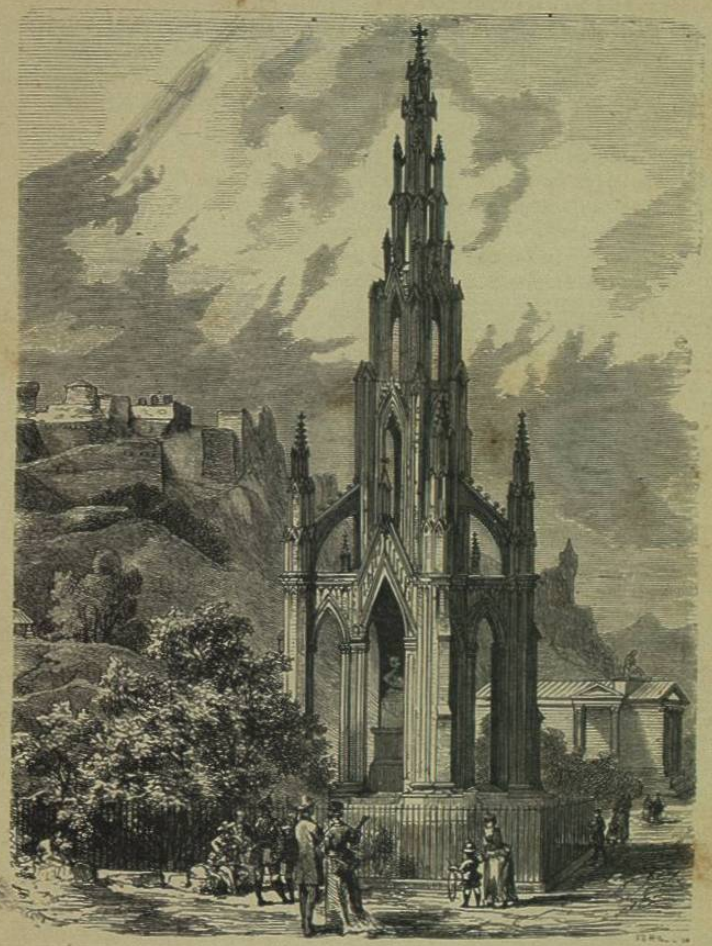
que el implacable tiempo ha ennegrecido,

y que tan raros son; curiosos misales preciosamente miniaturados; manuscritos de 1380, 1320 y hasta de más remota fecha; y obras de los siglos XV y XVI, impresas en caracteres góticos. Mas de éstas me propongo dar cuenta más detallada en otra ocasión, si el señor marqués me faculta para ello.

Entretanto, baste decir que, encantado de la visita que hice aquel día á Hautlieu, la repetí con frecuencia, teniendo siempre á mi disposición la llave de la torrecilla octógona. En las horas que allí pasé fuí encariñándome extraordinariamente con una parte de la historia de Francia, que nunca había estudiado á fondo, á pesar de lo muy relacionada que está con la de toda Europa y de que un antiguo historiador la ha descrito con estilo inimitable. Al propio tiempo, para complacer á mi excelente amigo, me ocupé de vez en cuando en algunos papeles de familia, que se habían salvado afortunadamente y que contenían curiosos detalles sobre el parentesco de la casa de Hautlieu con una familia escocesa, á cuya circunstancia debí en un principio la propicia acogida que me dispensó el señor marqués.

Reflexionando, *more meo*, sobre lo que precede hasta que me embarqué para volver al *roastbeef* y al fuego de hulla de la Gran Bretaña, cambio de domicilio que no tuvo lugar hasta que hube puesto en orden estas reminiscencias galas, al fin, el resultado de mis meditaciones tomó la forma, de que podrán juzgar al momento mis lectores, si es que no les ha asustado este larguísimo prólogo.

Si el público acoge favorablemente esta obra, no me pesará de haberme ausentado de mi país por una corta temporada.



Monumento á Walter Scott en Edimburgo.